

más ó ménos vergonzosa de los cuerpos, ha preferido el celibato. La naturaleza protesta contra esta falsa doctrina. Si la virginidad es el ideal de la vida, ¿cuál sería el destino del género humano si ese ideal se realizara? La muerte. ¿Qué concepción es esta de la vida, que conduce al suicidio? No, el matrimonio no es un remedio contra la concupiscencia, como dice San Pablo. La unión de los cuerpos es también la armonía de las almas; nuestro ideal, por tanto, no se cifra en la virginidad, sino en la sociedad del hombre y la mujer, que de esta suerte se completa. Es inútil insistir. Hemos visto la perfección cristiana en acción: millares de fieles han hecho esfuerzos heroicos por alcanzarla; y ¿qué ha resultado de ellos? La vida monástica, es decir, una caricatura de la muerte.

El cristianismo primitivo no puede ser nuestra religión, porque es una religión del otro mundo. ¿Qué significa el reino de Dios que Jesucristo predicaba? Otra tierra, otros cielos, la consumación final: su reino no es de este mundo, según él mismo dice. San Pablo escribe que "los discípulos de Cristo son extranjeros y simples viajeros en la tierra." El mismo se declara "muerto para el mundo." Los cristianos "no se preocupan de las cosas de la tierra, conduciéndose como si habitaran los cielos." Tómense estas palabras al pie de la letra, aplíquense á la vida real, y ¿en qué se convertirá ésta? Los mismos que hacen de Jesucristo una figura ideal confiesan que muchas fases de la vida le fueron indiferentes, como el arte, la libertad, el Estado. ¿Será que la religión no deba ocuparse de estos elementos de la civilización moderna? Imposible. Vivimos en este mundo y necesitamos una regla de conducta; necesitamos una religión de este mundo, una religión que santifique nuestra aspiración hacia lo bello y lo bueno, una religión que nos sostenga en nuestras luchas por la libertad. Esta religión no es ciertamente el cristianismo de Jesús y de sus apóstoles, ni de los evangelistas, y no conocemos otro.

¡Cosa notable! El espiritualismo evangélico vicia tanto la noción de la vida futura cuanto la concepción de la vida real. La gran preocupación del cristiano es la salvación, y entiende por tal la beatitud celeste. ¿Cuál es la vía más segura, si no la única, para llegar á esa ventura final? Retirarse del mundo y vivir en Dios. ¿Y los deberes de la vida civil y política? Un Padre de la Iglesia res-

ponde que nada es más ajeno al cristiano que lo que se llama la vida pública. "Sólo de una cosa se preocupa en este mundo, de salir de él lo más pronto posible." ¿Y es ó puede ser esta nuestra religión? No, á tal punto que el mismo cristianismo tradicional se ha visto obligado á abandonar su ideal.

En resumen, no hay religión perfecta ni hombre ideal cuyos sentimientos é ideas deban ser eternamente la ley de la humanidad. El cristianismo de Jesucristo no es la última palabra de Dios, ni hay última palabra de Dios. Por mejor decir, este Verbo inefable se confunde con Dios; los hombres no le conocerán jamás en su esplendor. Con mayor razón una criatura humana no puede concentrar en ella la sabiduría divina. Las ideas y los sentimientos de los hombres se modifican incesantemente, y las creencias religiosas son la expresión de esos sentimientos y de esas ideas. Es decir, que una religión que data de diez y ocho siglos no puede ser la nuestra. Desde luego, el espíritu humano ha rebasado la esfera intelectual y moral en que vivían Jesucristo y sus discípulos. Por tanto, Jesucristo no puede haber realizado el ideal religioso. Por grande que sea, la humanidad es más grande que él, porque la humanidad es progresiva y avanza sin cesar bajo la inspiración de Dios (1).

IV.

No se producen revoluciones súbitas en el mundo moral. La humanidad avanza hacia el cumplimiento de su destino por medio de un progreso, si lento é insensible, incesante. Cada edad se aprovecha de los trabajos anteriores, y contiene en germen un nuevo desenvolvimiento. La antigüedad preparó el cristianismo. Por su parte, el Evangelio es á la par un legado del pasado y una profecía del porvenir. Hay en el cristianismo, obra del espíritu humano, pero concebido bajo la inspiración de Dios, un elemento de verdad eterna y un elemento de error, necesariamente transitorio. En su marcha progresiva, la humanidad debe sin cesar despojarse del error y extender la parte de verdad que posee. ¿Cuál será el último resultado de este trabajo? Una religión nueva, en cierto sentido;

(1) Véase mi *Estudio sobre la religión del porvenir*.

pero puede decirse de la religión del porvenir lo que Jesucristo decía de su predicación, que venía á completar la ley y no á abolirla. Mientras la religión proceda del cristianismo, puede llevar el nombre de Jesucristo, el más grande que en el dominio de la religión ha brillado. Llamárase cristianismo de Jesús, por cuanto mantendrá los principios esenciales de su creencia; pero será también un nuevo cristianismo, por cuanto la creencia del Cristo será trasformada bajo la influencia de sentimientos y de ideas que se modifican incesantemente.

¿Cómo, por quién se hará esta transformación? Desde luego puede decirse, porque la revolución se realiza á nuestra vista. Hay un cristianismo que proclama el dogma del progreso en todas las cosas, lo mismo en el dominio de la religión que en el de la inteligencia, así en el arte como en la política. Todos los protestantes avanzados inscriben en su bandera el dogma del progreso, lo que es de esencia de este movimiento. Cristianos ante todo, pretenden que su religión es la de Cristo, y se complacen en llamar al cristianismo la religión definitiva. Mas, por lo mismo que es progresiva, no puede ser definitiva. De hecho, los protestantes avanzados rechazan todo lo que en la herencia de Jesús participa de las preocupaciones de los tiempos en que vivió, todo lo que su espiritualismo encierra de extremado, manteniéndose, en el fondo, de acuerdo con la filosofía. Concebido así, el protestantismo puede realizar la revolución que la filosofía no habría alcanzado á completar. Por de pronto, ésta sólo influye sobre unos pocos, al paso que la religión se extiende á las masas. Después, la religión del porvenir necesita una tradición: procediendo del pasado, en éste debe apoyarse. Los hombres no aceptarían una religión filosófica ó natural, sin raíces en sus costumbres y en su vida; pero se agruparían gozosos en torno á una religión que tenga á Jesucristo por fundador, aunque los filósofos trabajen en ella para perfeccionarla.

El movimiento que se produce en el seno del protestantismo es ya por sí bastante avanzado para que alcance á formular las creencias que constituyen la esencia del nuevo cristianismo, que llamamos la religión del porvenir. Toda religión procede de una concepción particular de Dios. Ya sabemos adónde conduce la teodicea cristiana: á

un misterio que la razón no comprende y que nada dice á nuestra inteligencia ni á nuestra alma. La religión del porvenir no conoce misterios, no quiere Trinidad, ni Verbo, ni un Dios que gobierne al mundo con golpes de Estado milagrosos. Hé aquí el lado negativo de la nueva teodicea. Por lo mismo que rechaza todo lo que es milagro y sobrenatural, no coloca á Dios fuera del mundo, afirmando, por el contrario, que vivimos en Dios y que Dios vive en nosotros. Llámase esta concepción la immanencia, y la aceptamos, aunque rechazando toda idea de panteísmo. El hombre es una criatura de Dios; mantiene su individualidad especial, y no se confundirá nunca con él; su personalidad es indestructible. Este sentimiento profundo de nuestra vida inmortal distingue la religión de la filosofía. En ésta podrán caber dudas, pero no en la religión que se apoya en la conciencia universal.

¿Qué relaciones median entre el hombre y Dios? Á esta pregunta responde el cristianismo tradicional con los misterios, la gracia, la predestinación y el pecado original. Mucho tiempo há ya que la humanidad abandonó esas creencias y la espantosa teología que de ellas se desprende. Ya no cree en el infierno, ni cree que los que están fuera de la Iglesia cristiana no pueden salvarse, ni en la condenación eterna de los infieles y de los niños que mueren sin recibir el bautismo. Sobre estas negaciones, la conciencia es unánime ó poco menos. ¿Deducirse de aquí que la gracia es una superstición cristiana, que Dios no interviene en el destino de los individuos, que todo se hace por leyes generales? Los que niegan la immanencia de Dios podrán tener este lenguaje. Pero los que creen que Dios está en el mundo deben creer también que está en el hombre; es decir, que le inspira y le guía. Dios es además justicia, y no hay orden moral sin expiación. No supone esto que Dios sea ese juez terrible, ese inexorable vengador, imaginado por la ley antigua, que se complacía en derramar la sangre de los culpables, no; el castigo en manos de un Dios de caridad sólo podrá ser un instrumento de educación, un medio de desenvolvimiento intelectual y moral.

Puesto que el fin de nuestra vida consiste en el más lato desenvolvimiento de nuestras facultades, la misión de la religión debe ser presidir esta educación infinita. El cristianismo tradicional cifra el fin de nuestra existencia más allá de la tumba,

en un cielo imaginario ó en un infierno que se diría imaginado por el espíritu del mal, suponiendo que exista este espíritu. Por reaccion contra esta religion de otro mundo, la filosofía, de acuerdo con el protestantismo avanzado, pide que se trueque el cristianismo en una religion de este mundo. Entendámonos. No queremos limitar la vida del hombre á esta tierra, como si sólo fuera una planta destinada á florecer un dia, para confundirse luégo en la naturaleza. Si el hombre es inmortal, la vida actual no puede ser otra cosa que un eslabón de una cadena infinita; por lo tanto, debe también vivir como un sér infinito. La vida futura se liga con la presente, de la que es prolongacion y de la que en esencia no puede diferir. No hay más que una vida, infinita, progresiva, pero sin cambiar radicalmente en cuanto á las condiciones de existencia. No hay más que un mundo. El hombre debe vivir en este mundo; luego esta vida es tan santa como la futura. En este sentido decimos que la religion del porvenir será una religion de este mundo. Llenando su destino en esta vida, se preparará el hombre á entrar dignamente en la vida futura.

El cristiano del porvenir no dirá, con el apóstol y con los Padres de la Iglesia, que su patria no está aquí abajo, que no debe interesarse por esta vida pasajera ni por este mundo que va á perecer, que la política le es indiferente y que puede conquistar su salvacion lo mismo bajo un gobierno despótico que en un país libre. No conquistará su salvacion luchando por la libertad, por cuanto la salvacion para él no consistirá en una felicidad mística de la que es imposible formarse una idea, sino en el más amplio desenvolvimiento de sus facultades. Desde luégo la sociedad debe estar organizada de suerte que pueda en ella desenvolverse libremente, y, por consecuencia, la organizacion social será una de sus grandes tareas. No quiere esto decir que sea nuestro ideal una forma determinada: el mecanismo no es más que el medio, el fin supremo lo constituye el desenvolvimiento del individuo.

Una religion de este mundo reconciliará á los libres pensadores con la idea religiosa. Los hay que rechazan toda religion positiva, como causa de comprometer la libertad; y temen que el sacerdocio del cristianismo nuevo explote la credulidad humana, como la explotó el sacerdocio del cristia-

nismo tradicional. ¿Temor imaginario y pueril! ¿Cómo habrá de amenazar á la libertad la religion del porvenir, cuando esta religion se identifica con la libertad? ¿Cómo dominará el sacerdocio sobre la ignorancia y sobre la supersticion, cuando la religion nueva proscribiera toda creencia supersticiosa y cifra su mision en el desarrollo de la inteligencia? ¿Cómo temer al papado ó á un cuerpo de sacerdotes, cuando no habrá sacerdotes, sino solamente ministros de la moral elegidos por los fieles? Mejor dicho, por los ciudadanos, porque no habrá fieles desde el momento que no haya una fe obligatoria, ni siquiera habrá fe, en la vieja acepcion de la palabra, puesto que no habrá misterios ni revelacion milagrosa.

Existe todavía una Iglesia que compromete la libertad, porque es enemiga de todo libre pensamiento. Pues bien, ¿se quiere saber cuál es el medio más seguro, más infalible de facilitarle la dominacion sobre las almas que trata de recobrar? Rechazar toda religion positiva. Los libres pensadores se hacen una ilusion bien extraña si creen que toda religion positiva desaparecerá del mundo. El hombre es un sér religioso, ha dicho un escritor cristiano; ¿será esta una rañica preocupacion que se disparará ante la luz de la razon? No, cuantos creen que hay en el hombre algo más que la materia creen por lo mismo que el hombre es un sér dotado de religion, como está dotado de inteligencia y libertad. Con efecto, si hay un alma, hay también un Dios y una relacion entre el alma y Dios, por cuanto Dios es principio y fuente de las almas, las que proceden de Él y viven en Él y por Él. El lazo de las almas con Dios es la religion. Hay, pues, una religion, en el mero hecho de haber hombres. ¿Se pretende restringirla al fuero interno, dejarla sin culto y sin ministro? Esta es otra ilusion. Si el hombre fuera un sér exclusivamente espiritual, concebiríase una religion puramente interior. Mas para seres compuestos de cuerpo y alma, una religion sin manifestacion exterior sería un contrasentido. La religion es una educacion; y ¿se concibe educacion sin educador? Dios es ciertamente el gran educador y el gran legislador. ¿Serán por esto inútiles las leyes? Hay un ideal de religion, como hay un ideal de derecho. Este ideal no se realiza en ninguna legislacion ni en ninguna religion positiva. Mas porque no alcanzamos el ideal, ¿dejarémos de hacer leyes? Sin

leyes, la sociedad sería presa de la anarquía, y la anarquía conduce fatalmente al despotismo. De la misma manera, si se tratara de destruir toda religion positiva, los hombres serian presa de la supersticion, y la supersticion conduce fatalmente á la dominacion de un sacerdocio ambicioso. Que los libres pensadores miren en torno suyo, y verán que nuestras suposiciones son realidades; el abuso de la libertad ha conducido al despotismo y el abuso del libre pensamiento al ultramontanismo. No hay más que un medio de salvar á la humanidad, y es dar satisfacción á sus ansias de libertad y religion. **§ II. — La moral.** **N.º 1. — ¿Hay un progreso moral? (1)** Los antiguos negaban el progreso moral; ¿quién no conoce los desconsoladores versos de Horacio? «Nuestros abuelos, peores que sus padres, diéron á luz hijos peores que ellos, y éstos, á su vez, engendraron más depravada descendencia.» Este desdeñ del presente, esta exaltacion del pasado, son de todos los tiempos, y no pasa de una ilusion que los hombres mantienen sobre un pasado visto á través de un prisma que le embellece hasta el punto de convertirlo en un ideal. Los hombres se complacen tanto más en maldecir del presente cuanto ménos posible les es forjarse ilusiones sobre los males que les afligen. En este sentido alabamos y atabaremos siempre el pasado. Pero dejando á un lado las ilusiones para consultar los hechos, la escena cambia por completo. Remontando el curso de las edades, léjos de encontrar la perfeccion, sólo imperfeccion encontraremos. La edad de oro es una invencion de la poesia; mejor dicho, la expresion de una aspiracion al progreso; no concibiendo la perfeccion en el porvenir, los antiguos la colocaron en la cuna del mundo, y los hombres han continuado embelleciendo el pasado á expensas del presente.

La degeneracion moral es un imposible. Hay progreso, de todo el mundo reconocido, en el órden intelectual y en el órden social. ¿Quién es el autor del progreso? El hombre. Si la materia está domada y la naturaleza sujeta; si la ciencia sondea

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre la Grecia*.

el abismo de los cielos y descubre los secretos de la creacion; si los Estados se organizan sobre las bases de la libertad y la igualdad, ciertamente que tales progresos se deben á la actividad humana. ¿Y así pretende que quien por sus esfuerzos modifica sin cesar cuanto le rodea, permanezca estacionario? ¿Qué digo? ¿Se pretende que degenera! Con efecto, no hay término medio; es fuerza que el hombre ó se perfeccione ó degenera; la inmovilidad es imposible, porque la inmovilidad es la muerte. La humanidad vive; luego se mueve, sea para avanzar, sea para retroceder. Avanza en todos los dominios de su actividad. La consecuencia evidente es que el hombre moral va también perfeccionándose. El progreso material, científico, social, religioso, no se conciben sino bajo la condicion de que el hombre gane incesantemente en inteligencia, en sentimiento y en fuerza. ¿No supone esto que sus facultades morales se elevan y perfeccionan? ¿Ó se dirá que la inteligencia puede perfeccionarse al mismo tiempo que el corazón se corrompe? Suele verse esto, pero como excepcion, como monstruosidad, porque es contrario á la naturaleza. El que percibe lo verdadero, lo bello y lo bueno, siente una tendencia irresistible á realizarlo en su vida. Una inteligencia superior entregada al mal es una enfermedad asquerosa; pero la salud, y no la enfermedad, constituye el estado normal del hombre.

No puede negarse que hay progreso en las doctrinas morales; es un hecho sobre cuya prueba fuera inútil insistir después de lo que hemos dicho acerca de la religion. ¿No supone el progreso religioso un progreso moral? ¿Y no es el cristianismo una religion esencialmente moral? «Enmendaos, dice Jesucristo, porque el reino de Dios se aproxima.» Si la buena nueva ha realizado un inmenso progreso, fuerza es admitir que ha habido progreso moral, al ménos en el dominio de la doctrina. Lo mismo sucede respecto á la filosofía. Tenemos de ello un notable testimonio que merece ser citado. Invitamos á los hombres arrastrados por el pesimismo á leer la *República* de Platon. Este filósofo, el más grande de todos, se propone formular un ideal de sociedad, y hé aquí las leyes morales que da á los miembros de su ciudad: permite á los que han rebasado la edad apta para la procreacion tener un comercio libre, pero prohíbe á las mujeres dar á luz los frutos de este libertinaje. Si, á pe-